

Sergio Fernández López

Pedro Mudarra de Avellaneda. Un poeta áureo desconocido.

Vida y obras castellanas completas. Estudio y edición.

Madrid-Frankfurt am Main / Iberoamericana-Vervuert, 2023,
415 pp.

ISBN: 978-84-9192-326-8 (Iberoamericana)

ISBN: 978-3-96869-378-1 (Vervuert)

ISBN: 978-3-96869-379-8 (e-book)

José Manuel Rico García

Universidad de Huelva

josemanuel.rico@dfesp.uhu.es

ORCID: 0000-0003-3581-5130

Al igual que en las antologías poéticas no suelen estar todos los que son, la presente monografía demuestra que hubo también escritores áureos que fueron, aunque hayan dormido el sueño de los justos hasta ahora, olvidados entre los estantes de alguna biblioteca. Es el caso de Pedro Mudarra de Avellaneda, cuyas obras permanecieron manuscritas durante siglos, primero en la librería particular de su protector, Juan Gaspar Fernández Pacheco, V marqués de Villena y duque de Escalona; luego en la de su hijo, Felipe Baltasar Fernández Pacheco, a quien educó en sus años mozos el propio Pedro Mudarra, y más tarde en la de sus nobles descendientes, hasta que hace poco más de cien años las adquiriera la Biblioteca Menéndez Pelayo. Dos razones principales ofrece para ello su editor moderno. Por un lado, la repentina muerte de Felipe Baltasar, a quien Mudarra había enviado alguna de sus obras preparadas ya para la imprenta, después de que el VI marqués de Villena lo convenciera de su publicación al final de sus días. Por otro, el poco interés que mostró siempre su autor por darlas a la estampa para ganar fama y renombre, prefiriendo vivir en el anonimato de su retiro espiritual de San Martín de Valdeiglesias.

El mayor orientalista español del siglo XVI, Benito Arias Montano, le elogiaría al poco aquella decisión. En una de las dedicatorias de sus últimas obras, el humanista extremeño le alabó que hubiese preferido “llevar una vida privada libre de las argucias de la ambición y exenta de malsanas preocupaciones..., en una población pequeña, pero muy agradable”, dedicado al estudio de las artes liberales y la oración, pese a que superaba a la mayoría de “los que desean y frecuentan grandes castillos y regias ciudades y cortes”, tanto “por fortaleza física,

edad, cualidades y recursos”, como por “distinción y posición”. El lector podrá encontrar estas palabras en un estupendo estudio introductorio que supera el centenar de páginas y que Sergio Fernández ha dividido en cinco grandes apartados, aunque podrían considerarse solo dos si atendemos a su contenido.

El primero se centra en la vida del autor y en su genealogía, que se remonta a sus orígenes más remotos. Para establecerla, se aportan un sinfín de documentos, extraídos de numerosos archivos, como el de la Chancillería de Valladolid o el del Histórico Nacional, al igual que de otros más pequeños y locales, como el del mismo archivo parroquial de San Martín, al que pertenece su acta de defunción. En ella, por cierto, el párroco no solo se limitó a recoger la fecha de su fallecimiento, sino que incluyó también un curioso panegírico de sus costumbres y dotes literarias, como muestra de la admiración que Mudarra había alcanzado entre sus vecinos. No hay que olvidar que, a su muerte, el poeta había dejado una crónica del lugar y un encendido elogio de Nuestra Señora de la Nueva, cuya ermita se encontraba en las orillas del río Alberche, en las inmediaciones de la villa, que debieron de resultar muy del gusto del titular de la parroquia.

Especial relevancia adquieren en este sentido las indagaciones del profesor Fernández López acerca de las oligarquías locales, a la que perteneció desde siempre la familia de Pedro Mudarra, y de la perpetuación en el poder de los mismos linajes, pues los cargos municipales eran heredados de padres a hijos. De este modo, los oficios públicos permanecían entre unos pocos, a los que se añadían, en su afán por asemejarse a la nobleza y distanciarse del vulgo, el patronazgo de capellanías, la integración en cofradías o la consecución de cartas de hidalgía. No menos significativo resulta su investigación sobre el caso particular de San Martín y sobre alguno de sus personajes, como Ruiz de Sepúlveda, suegro del poeta, quien se enriqueció aprovechando el decreto de expulsión de los judíos, a los que extorsionó y compró a bajísimo precio numerosas casas y viñas, que revendió al instante. Algunas, de un valor considerable, fueron adquiridas a cambio de la mínima deuda que les quedaba por pagar o por un simple asno, en el que cargar las pocas pertenencias que los judíos llevaron consigo camino de la diáspora, como se recoge en estas esclarecedoras páginas del libro. Recuérdese que los vinos de San Martín gozaban de gran fama y recibieron el aplauso de numerosos escritores del Siglo de Oro, como Tirso, Lope o Cervantes.

El segundo apartado se centra en el entorno literario del poeta y el estudio de sus diversas composiciones. Casi en su totalidad, estas quedaron manuscritas, más allá, al parecer, de una obra de carácter histórico y algunos poemas. En 1725, casi todas ellas permanecían aún en la casa de Villena, como indica Fernández López mediante su localización en el catálogo póstumo que se hizo de la biblioteca particular del VIII duque de Escalona, D. Juan Manuel Fernández Pacheco, miembro fundador de la Real Academia Española. En vida, pues, Mudarra de Avellaneda apenas publicó un puñado de versos, incluidos en su mayoría entre los elogios preliminares de las obras de sus amigos, como ocurre en los *Apotegmas* del jurado cordobés Juan Rufo o en una curiosa obra sobre

apicultura y hermandad de Alonso de la Fuente Montalbán, que quedó a la postre sin publicar por las causas de malversación que descubrieron en su autor. En ella, colaboraron también otros poetas toledanos o asentados en la ciudad imperial, como Juan del Puerto de Torres, Alonso Vaca, Felipe Doria y Gregorio de Angulo.

Se trataba de los mismos escritores que participaron en diversas justas poéticas celebradas en Toledo entre finales del siglo XVI y principios del siglo XVII, junto a Lope de Vega. De este modo, pese a la exigua producción impresa de Pedro Mudarra, sus versos parecen indicar que formó parte, en opinión de Fernández López, de aquel círculo poético toledano que tuvo al Fénix como jefe de filas, puesto que, como ha llegado a afirmarse, Lope quería sentirse por esas fechas un poeta toledano más. Y quizá lleve razón. Sabemos que en algunas de aquellas justas que se celebraron con motivo de la fiesta del Santísimo se contó con la custodia que tenía en Escalona el marqués de Villena, de manera que pudo ser el mismo Juan Gaspar Fernández Pacheco quien hiciera de intermediario entre su protegido Mudarra y poetas como Juan Rufo, asentado por entonces en la ciudad, Lope de Vega, Gregorio de Angulo, Juan del Puerto de Torres y otros como Alonso de la Fuente, quien pertenecía a la vieja Hermandad de Toledo.

Al estudio preliminar de Fernández López, siguen otras trescientas páginas con la edición y anotación de las obras de Avellaneda. Se trata de composiciones de contenido muy dispar, pero que, como apunta su editor, podrían englobarse dentro de la literatura de corte humanístico y erudito. No es extraño, teniendo en cuenta las relaciones de Mudarra con personas que conformaban la élite social y religiosa, como los propios Fernández Pacheco, Arias Montano o Pedro de Carvajal, canónigo de Toledo y obispo de Coria. De sus siete obras mayores, tan solo se han podido editar cinco de ellas, pues dos se encuentran actualmente en paradero desconocido, como nos hace saber Fernández López: una crónica de su villa natal, que aún parecía conservarse en el archivo parroquial de San Martín hasta hace solo unas décadas, y una *Vida de Cecilia Pacheco*, que Pedro Mudarra, tras la prematura muerte de doña Cecilia con apenas 19 años, dedicó a su hermano, VI marqués de Villena, de quien Mudarra había sido preceptor durante su juventud. Posiblemente, se vendiera en la almoneda de los bienes de alguno de sus descendientes, pues Fernández López logra identificarla aún en el catálogo de la famosa librería de viejos madrileños de Pedro Vindel, de inicios del siglo XX: “Mudarra de Avellaneda, don Pedro. *La santa vida y muerte de doña Cecilia Pacheco*. Ms. original de 1625, en cuarto, pergamino, 50 pesetas...”. Como bien supone el editor, la biografía debe de encontrarse en la actualidad en manos privadas.

Son cinco, por tanto, las obras mayores de Mudarra que se presentan en esta monografía. Dos de ellas están redactadas en prosa: un curioso tratado de termografía sobre los provechos del agua caliente (pp. 307-358), muy en boga en la época, cuyo autor convierte realmente, como advierte Fernández con acierto,

en un tratado de erudición, donde se dan cita las más diversas autoridades antiguas y modernas. El otro es un llamativo *Diálogo del ayo del alma o de la conciencia* (pp. 359-360) que acaso escribiera, por su contenido didáctico y moral, durante sus años como preceptor del VI marqués de Villena. En ella, como analiza Fernández López, Mudarra no nombra ningún vencedor en la contienda. Por el contrario, el alma concluye el diálogo con desesperación, sabiendo que, por más argumentos que alegue, el cuerpo será incapaz de comprenderlos. De ahí su particularidad dentro de la tradición de coloquios dedicados al asunto. Se trata, por lo demás, de la única obra del autor que había recibido atención por parte de la crítica actual y que ya fue editada por Grigoriadu (*e-humanista*, 29, 2015).

Las tres restantes están escritas en verso, a saber: *El Paulo convertido* (pp. 121-228), *Los cuadros poéticos* (229-308) y *Los tetrásticos de san Gregorio Nacianceno* (307-358). El primero alcanza no poca importancia, puesto que ha venido a enriquecer, como poema de épica sacra, el panorama de la epopeya culta. No hará falta indicar que no aparecía incluido en el clásico catálogo de Pierce (*La poesía épica del Siglo de Oro*, 1961) ni en otros repertorios más recientes. En su redacción, se vislumbran ecos de la *Eneida* de Virgilio, de la *Christias* de Vida, de la *Araucana* de Ercilla y, sobre todo, de la *Cristiada* de Diego de Hojeda. Como podía esperarse, Mudarra siguió en sus versos la tradición hagiográfica, al destacarse la figura de Pablo de Tarso, pero sin perder de vista, como afirma con razón el editor, el modelo tassesco, pues su epopeya podía considerarse al cabo el inicio fundacional del imperio cristiano a manos del santo.

Ciento quince composiciones conforman sus extensos *Cuadros poéticos*, donde Mudarra saca a relucir de nuevo su gran erudición con la cita de numerosos historiadores, filósofos y poetas antiguos y recientes, desde Catulo a Francisco de la Cueva o Pedro de Oña, así como su capacidad para componer las estrofas más diversas. Fernández López encuadra la obra en la línea de los *Emblemas* de Alciato que tanto furor causaron en el Siglo de Oro. Es de lamentar que su autor tan solo se atreviera a pergeñar cuatro grabados, dejando en su lugar más de cien composiciones con el espacio en blanco, aunque esa situación provocó seguramente que añadiera la explicación de los ausentes cuadros, ganando a veces en riqueza descriptiva.

Por último, se recoge la única obra que Pedro Mudarra preparó para la imprenta al final de sus días, a instancias del VI marqués de Villena, según confiesa el propio poeta. Se trata posiblemente, además, de la última obra que redactó en su vida, pues en ella alude a otras anteriores. En opinión de su editor, no es extraño que fuera la única obra que Pedro Mudarra accediera a imprimir, tras la insistencia de sus amigos. Como humanista, debió de ser de la que más orgulloso llegó a sentirse. El acarreo erudito y el considerable tiempo que dedicó a su anotación así parecen demostrarlo. No puede negarse tras su lectura que la traducción de los epigramas griegos de san Gregorio en octavas reales no resultó muy lograda en ocasiones. El poeta debió pensar que el carácter narrativo y

elevación del pensamiento epigramático se avenían bien con aquella estrofa. Con todo, hay que reconocer que la novedad de adaptar a san Gregorio al español y el notable resultado de muchos otros versos respaldaban al cabo el valor de su propósito.

La monografía se cierra, por último, con una sección donde se recogen algunas cartas del autor, los prólogos que compuso para las obras de algunos colegas y un pleito conservado entre los curiosos porcones de la Biblioteca Nacional, que aportan abundantes noticias sobre la biografía del poeta (pp. 383-415).

En definitiva, las obras que aquí se editan son buena muestra de la formación de un humanista tardío. Sus tratados en prosa evidencian su erudición y sus gustos morales y didácticos. Sus poemas exhiben además su diversidad de intereses, que van desde la emblemática a la adaptación poética del pensamiento de los santos Padres. Quizá con excesiva prudencia, Sergio Fernández califica a Mudarra en su estudio como un mediano poeta. No puede negarse que no estaba a la altura de las grandes figuras del Siglo de Oro. Pero es justo reconocerle, más allá de su enorme formación y dominio de las lenguas clásicas, la novedad de algunos planteamientos poéticos; el logro y agilidad en la versificación de muchos pasajes de las octavas de su poema épico, y la capacidad estética o voluntad de adaptar con gran plasticidad sus palabras en sus cuadros poéticos.

Acogemos con enorme agrado, pues, esta nueva monografía del profesor Fernández, no solo por su perspicaz y trabajado estudio introductorio, sino también por su cuidada edición de las obras. Seguramente, Pedro Mudarra no ofreció una temática original en algunas de ellas, aunque sí lo fue en sus contenidos y planteamientos. El lector tendrá oportunidad de comprobarlo. Como fuese, se trata de un trabajo que enriquecerá el panorama de la literatura áurea con la presentación de unas obras hasta ahora inéditas. Para el estudioso de la época, sin duda, podría haber pocos motivos de mayor alegría.